

“El cumpleaños de Hitler”

El Diario, 20 de abril de 1933, p. 3.

En la pequeña localidad Braunau (antigua Austria), cerca de la frontera alemana, nació el 20 de abril de 1889 una de las más grandes personalidades de la Nueva Alemania —Adolfo Hitler, actual canciller de Alemania y jefe supremo del movimiento nacional-socialista.

Hijo de padres humildes, pero honrados y rectos tuvo la desgracia de perderlos durante su infancia. Así termina el primer período de su vida, quedando huérfano y desamparado, pero ya adquirió en aquel entonces su convicción de nacionalista y el ferviente amor a su patria alemana, gracias a la educación de su padre, para el cual como empleado público era ley primordial el cumplimiento del deber hacia el estado y su pueblo.

Terminada su infancia, abandonó su tierra natal dirigiéndose a la metrópoli austriaca Viena, con la idea de estudiar arquitectura, para lo cual lo inspiraba su talento artístico.

Las circunstancias lo obligaron a tomar otro camino. Para ganarse su pan cotidiano tuvo que empezar a trabajar rudamente como albañil, viendo aquí con sus propios ojos la miseria y triste situación de los obreros y experimentó en propia carne lo que significa ser obrero, cuyo único capital es la fuerza de sus brazos. En el deseo de completar su instrucción general dedicó todo su tiempo libre a los libros, leyendo y estudiándolos. Su espíritu investigador pronto lo llevó a reflexionar sobre los dogmas socialistas, ocupándose además, continua e intensamente de los grandes problemas tanto sociológicos como políticos y mundiales. De este tiempo data su evolución al socialista no perdiendo por eso su convicción de nacionalista alemán. Empleó ya todo el caudal de su energía para hallar el camino de la mejora social para su pueblo.

En el afán de completar sus conocimientos artísticos se dirige a Munich, el centro artístico de Alemania. Ganó aquí su existencia como pintor, siguiendo preocupándose por las ideas socialistas. Estalló la guerra mundial y como buen patriota se presentó voluntariamente a pesar de haber sido declarado inepto para el servicio militar en Austria. Combatió los cuatro años en el frente siendo herido cuatro veces. Al final sufrió una grave intoxicación durante un ataque de gases venenosos realizado por los aliados. A raíz de ello perdió temporalmente la vista y se hallaba aún en el hospital cuando para colmo de desgracias estalló la revuelta alemana que motivó el armisticio. Este proceder de los jefes socialistas lo conmovió de tal manera que decidió libertar al pueblo alemán de esta afrenta y para ello hacerse político.

Desconocido aún Adolfo Hitler se une a un puñado de compañeros de infortunio e ideología fundando así con siete hombres los cimientos para un movimiento popular sin precedentes en la historia —el nacional-socialismo alemán.

Recién ahora comienza a desplegar su gran actividad política y a desarrollar sus singulares aptitudes de jefe y guía. Adquirió su fama entre sus compatriotas por su propaganda tenaz e intensiva a favor de las ideas y principios del movimiento popular por él creado. Predicó incansablemente que su partido no era un partido político en el sentido de la palabra; sino que implicó la organización de partido para conquistar el poder y poder llevar a la práctica su ideología racista. Formuló su programa de acción cuyo primer y supremo principio era: el interés público debe sacrificarse el interés individual. Combatió a muerte al marxismo y sus proselitos, pues reconoció en él un peligro para la unidad alemana, desde que esta ideología implicaba la nefasta lucha de clases sociales.

Todos los nacionalistas alemanes que hoy constituyen dos tercios de todo el pueblo han reconocido a Adolfo Hitler como jefe supremo, gracias a sus cualidades excepcionales de guía ya anunciadas. Por eso le siguen en el camino por él indicado y le obedecen ciegamente millones y millones de adherentes.

Especialmente la juventud alemana se ha alistado en sus filas, pues reconoce que aquí puede ponerse al servicio de verdaderos y nobles ideales germanos, al servicio de los cuales vale la pena sacrificar incondicionalmente su vida.

Quien lucha por la conquista de supremos ideales de bienestar y libertad para su pueblo, siendo al mismo tiempo su primer servidor, necesariamente debe captarse las simpatías y admiración de sus conciudadanos y merece también ser respetado por las demás naciones, pues así como los nacional-socialistas respetan el sentimiento patriótico de los demás pueblos, esperan que también serán respetados sus sentimientos de nacional-socialistas alemanes que solo luchan por forjar una Alemania Nueva, unida, fuerte y libre.

Especialmente apelan a la liberalidad de culto del pueblo uruguayo cuyo supremo ideal es: “libertad o muerte!”

H. L.